

MONIKA HOFF
NORAH CARTER
PATRICK NORTON



iii Tienes un

Mensajito!!!

MPN
BOOKS

¡¡¡Tienes un mensaje!!!

NORAH CARTER – MONIKA HOFF
–Patrick norton

Con un buen trabajo como funcionaria y con su vida resuelta, Marta ha logrado tener todo lo que quería tras haber salido del orfanato donde la abandonaron de pequeña.

Pero todo se trunca cuando Nelson, su pareja, la abandona por otra. Sumida en la tristeza, se reencuentra con Sam, un antiguo cliente que la ayudará a superar la ruptura. Y no solo eso, si no que permanecerá con ella cuando Marta, tras descubrir la identidad de su madre, va en su búsqueda.

¿Se convertirá una sincera amistad en amor?

Una bonita historia que te hará ver que, quizás, amistad y amor van de la mano.

Título: ¡¡¡Tienes un mensaje!!!

© 2016 Norah Carter—Monika Hoff— Patrick Norton.

Todos los derechos reservados

1ªEdición: Noviembre, 2016.

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor

Capítulo 1

Olía fuerte a café desde la cama, hacía un buen rato que Nelson se había levantado, pero al ser sábado yo me quise quedar un poco más disfrutando de ella, pero ese olor ya me estaba incitando a ir hacia la cocina. Hacía un día precioso. El sol entraba a raudales por la ventana y eso que todavía no era mediodía. Es lo que tiene vivir en una ciudad como esta, tan llena de vida.

—Buenos días, Nelson, qué bien huele a café, necesito uno urgentemente — me acerqué a él para darle su beso de buenos días.

—Buenos días, Marta, ahora mismo te lo preparo.

En sus palabras vi algo de intranquilidad. Estaba como pensativo, noté que algo no iba bien.

—¿Te pasa algo?

—Tengo que hablar contigo — respondió sin mirar a mis ojos y cogiendo la taza de la cafetera Nespresso.

Se me pasó de todo por la cabeza, porque en los cuatro años que llevábamos de relación jamás me había dicho esa frase. Habíamos sido una pareja feliz y, ¿por qué no decirlo?, éramos la envidia de amigos y muchos de nuestros familiares que habían fracasado en sus relaciones. Me senté en la silla de la barra de la cocina y esperé a que hablara. Fui incapaz de preguntarle qué era lo que sucedía. Temía que una mala noticia pusiera fin a aquella felicidad en la que vivíamos como si estuviésemos recién casados.

—Marta, he conocido a alguien en el trabajo...

Sus palabras se clavaron en mi corazón como puñales. No podía creer nada de lo que estaba escuchando. ¿Cómo podía decirme algo así? ¿Cómo podía decirme algo así y con tanta serenidad? Fui incapaz de mirarlo a la cara, hubo un buen momento de silencio.

El día dejaba de ser maravilloso de repente para mí. Ninguna mujer está preparada para una noticia como esa, para que su marido le suelte a la primera que se ha enamorado de otra persona. Ojalá me hubiera tragado la tierra en aquel instante. Lo peor era verlo allí, parado, sereno, preparándose un café mientras él sabía que me estaba hundiendo en la miseria con aquella frase.

—Llevo varios días intentando contarte esto y no me atrevía. Pero no puedo más, Marta. He intentado quitármela varias veces de la cabeza de mil maneras, pero hoy es imposible y no puedo luchar contra lo que mi corazón ha empezado a sentir por esa persona. Sé que no te lo mereces, pero debo marcharme. No te mereces esto y yo no merezco estar sufriendo de la forma que lo estoy haciendo — dijo como si se lo hubiese aprendido de memoria y lo hubiese ensayado delante del espejo.

Su voz era suave y su tono sereno parecía quitarle importancia a la gravedad del asunto; aquel tío me estaba jodiendo la vida y estaba tan tranquilo. Yo seguía perpleja. Estaba boquiabierta. No sabía si echarme a reír o ponerme a llorar, o lanzarle la cafetera Nesspresso que nos había regalado su primo Asensio a la cabeza para ver si dejaba de decir gilipolleces.

Era incapaz de responderle. No me esperaba que la historia tan bonita de amor que había vivido junto a él se acabase de un plumazo y además que fuese por otra. Tenía ganas de huir, salir corriendo de aquel lugar, pero estaba claro que el que se debía de ir era él.

Menos mal que el piso estaba alquilado a mi nombre y él era el que había elegido separar nuestros destinos. Lo de menos ahora era pensar en el piso, sino en pensar en mi futuro, en el nuestro, que claramente se había roto para siempre. Por mucho que te lo digan, una no es capaz de asimilar que su novio, después de todos estos años, decida abandonarte, dejarte tirada como una colilla.

La decepción, la frustración y odio se iban apoderando de mí, pero también lo hacia un sentimiento de pena hacia mí misma. ¿Qué iba a ser de mí a partir de ahora? Pero la peor pregunta viene después, cuando te paras a pensar un poco y te dices: ¿Cómo fui tan imbécil de no darme cuenta de que estaba viéndose con otra?

—Comprendo que no me quieras hablar. Ahora recogeré mis cosas y me marcharé. Siento haberte hecho esto, pero no puedo luchar contra mis sentimientos... — dijo de nuevo aquel gilipollas, porque no merece otro nombre, como si estuviera dentro de una película de sobremesa o como si fuera el protagonista de una telenovela venezolana, la madre que lo parió.

Me daban ganas de contestarle que era un cerdo, pero preferí seguir en mi más absoluto silencio y no contestar a nada de lo que me dijese, total, todo lo que dijera no iba a hacer cambiar sus sentimientos.

No iba a convencerlo de nada. Se había preparado perfectamente todo el guión y cada una de las palabras que me iba a decir para que no pudiera contestarle inmediatamente, para que me comiera tan tranquila aquellos cuernos. Además que iba a romper a llorar como una niña pequeña si lo hacía, así que decidí no contestar a nada y que se fuera lo antes posible.

Era lo mejor, porque una tiene su orgullo, una sabe que la vida no se acaba porque un idiota como ese, al que yo había amado, te dice una mañana, tomando café, que todo se ha acabado, que todo un proyecto de vida se tira por la borda gracias a que ese energúmeno ha decidido que se la pelará otra.

Me encendí un cigarro mientras me tomaba el café y él se alejó al dormitorio. Me encanta el café. Lo tomaba desde muy pequeña, a escondidas, sin que las monjas del centro se enterasen. Aprovechaba lo que quedaba en la cafetera después de comer para subirme a un taburete y echarme lo que quedaba en una taza. Las monjas dormían.

A veces cogía un chusco de pan y sopaba. Ahora era incapaz de sorber un trago. Ahora el café estaría asociado a aquella ruptura que no me esperaba ni en la peor de mis pesadillas.

Un nudo en el estómago, como consecuencia de los nervios, me impedía seguir tomando aquel café. Qué mierda de día y qué mierda de vida a partir de ahora, porque yo estaba colada por aquel tipo que me había dicho tan ricamente que lo dejábamos porque había conocido a otra de la noche a la mañana.

Escuché cómo sacaba la maleta y abría los cajones de los armarios para llevarse su ropa. Lo tenía decidido y lo había meditado bien. Todo estaba saliendo como él esperaba. No había montado ningún espectáculo, de esos que vienen los vecinos y hasta la policía.

Era evidente que estaba recogiendo sus cosas. Empezó a salir y a entrar de la casa para meter cosas en su coche, imaginé que ya la otra persona lo estaba esperando con los brazos abiertos para recibirlo. Un rato después volvió a entrar a la cocina, dejó las llaves sobre la encimera, miró por la ventana desde donde se veía el Parque de las Naciones, uno de nuestros lugares favoritos, pues, en ese parque, nos habíamos basado tardes enteras, tocándonos, acariciándonos, soñando con que más pronto que tarde tendríamos un trabajo estable y nos compraríamos un piso cerca de allí.

No quiso mirarme a los ojos, solamente quería mirar a la ventana. Yo no sé qué se le estaba pasando por la cabeza.

—Si algún día quieres hablar, tienes mi teléfono — acto seguido salió por las puertas.

Estaba en estado de shock, era incapaz de levantarme de aquella silla, no era capaz de romper a llorar, estaba con la mente ida, tenía ganas de llamar a mi amiga Paula, pero tampoco tenía ganas en estos momentos de hablar mucho

sobre ese tema. Además no sabía nada, solo sabía que había conocido a alguien y poco más.

No comprendía como algo tan bonito se acababa de aquella miserable manera. Cuántas veces habíamos hablado de los divorcios de muchos de nuestros amigos que se habían casado felices e ilusionados y nos decíamos que eso a nosotros no nos iba a pasar jamás, porque, además de llevarnos genial, en la cama funcionábamos muy bien.

Un rato después me dirigí hacia la habitación y, al abrir los armarios, comprobé que ya se había llevado absolutamente todo, incluso todos los CDs de música que coleccionaba. Nos encantaba el flamenco y el pop de la movida madrileña. El muy cabrón se había llevado los discos de Alaska y los Pegamoides, los de Radio Futura y una colección que me había regalado de los discos de Camarón.

En la casa no había ni rastro de él, como si nunca hubiese existido. Y yo ahora era un fantasma en aquel piso, una mujer sola, que había recibido un palo bien gordo, así que estaba jodida, pero bien, bien jodida. ¿Quién me lo iba a decir a mí? Yo, que había rechazado a auténticos boll-ycaos por Nelson, yo, que podía haberme casado con el hijo de un diplomático y haber tenido la vida más que solucionada, elegí a aquel tío que se iba y me dejaba tirada en la cuneta.

A Nelson lo conocí cuando me independicé una vez que dejé el centro en el que había vivido toda mi vida. Conseguí un trabajo de secretaria en un bufete de abogados y por fin me pude ir de aquel lugar que había formado parte de mi vida desde que tenía uso de razón. No tuve una infancia nada fácil. De hecho, puedo decir claramente que no tuve infancia, por lo menos como la que habían tenido mis amigas o el propio Nelson. Aunque sería injusto no decir que las monjas hicieron todo lo que estuvo de su mando porque yo fuese feliz en aquel antiguo convento que el Gobierno y la Iglesia habían convertido en orfanato.

Un año después conocía a Nelson y se vino a vivir conmigo rápidamente, me trataba como su niña pequeña, conociendo mi historia de que nunca había tenido una familia. Al menos desconocía esa parte de mí que nunca quisieron contarme, algo que hizo mucho daño a mi vida los primeros años. ¿Y a quién no? Era tan solo una cría, un pobre ser indefenso que se veía ahora a merced de un destino lleno de dudas.

Pero luego me acostumbré a vivir con ello. Guardaba de mi niñez unas fotos que entregaron conmigo, pero donde salía yo sola, además de una medalla que llevaba grabado por detrás mi nombre y la fecha de nacimiento. Eso es lo único que poseía de mi vida. Esa sensación de soledad y orfandad me acompañaron siempre, así que el hecho de que se marchara Nelson de casa, es cierto que me pilló por sorpresa, pero ya estaba acostumbrada a vivir sola, a que el amor, el afecto y el cariño no fueran parte de mi día a día.

Tras el trabajo en el buffet, me preparé para unas oposiciones en el Ayuntamiento con la suerte de que conseguí una plaza fija. Al menos podía tener un poco estabilizada mi vida ya que solo contaba con el apoyo de mi fiel amiga Paula, pero la vida se estaba encargando de no ponerme fácil mi estabilidad emocional. Lo de Nelson sabía que iba a tardar mucho tiempo en superarlo. Era muy feliz a su lado y el tiempo que había durado nuestra relación, se portó de la mejor de las maneras conmigo.

Un rato más tarde decidí irme a la calle a dar un paseo. Era principios de noviembre y hacía bastante frío, así que me abrigué y me fui de compras por la ciudad. Lo bueno que tenía Madrid era que podías perderte por ella y era lo que me apetecía hacer. Me iría a Callao. Eran solo tres estaciones de metro desde donde yo vivía y no era la primera vez que lo hacía. A Nelson no le gustaba pasear por el centro de Madrid, pero a mí me encantaba hacerlo.

Quería ver gente y me iba a hinchar a comprar ropa en el Primark de la Gran Vía. Hacía poco que lo habían

abierto y era una de las tiendas de ropa más grandes de Europa. Con Nelson, solamente fui una vez. Ahora me iba a vengar y me iba a pasar toda la semana desde Gran Vía a Callao y desde Callao a Puerta de Sol. Me iba a gastar el sueldo del mes en una semana. Me daba igual todo.

En ese momento me llamó Paula y dudé en cogerlo mientras iba caminando hacia el centro.

—Hola, Paula — en ese momento comencé a llorar.

—¿Pero qué te pasa, cariño?

—Nelson se ha marchado para siempre — mi voz era temblorosa y casi no podía hablar con el llanto.

Había intentado no venirme abajo, pero tenía que suceder y rompí a llorar, y sentí que era bueno que lo hiciera. Me sentía más aliviada y escuchar la voz de mi amiga me ayudó.

—Dime dónde estás que voy ahora mismo a buscarte.

—Paseando hacia el centro de la ciudad. Voy a salir en Puerta de Sol, en la salida de Metro.

—Espérame en la cafetería de siempre. Llego en veinte minutos.

—Está bien, allí te esperaré.

Sabía que me iba a venir bien estar junto a ella, más que nadie conocía mi vida. Ella nunca me fallaba, pues estaba ahí en los buenos y malos momentos, apoyándome siempre.

Llegué a la cafetería en la que siempre solíamos quedar y me senté en una de las mesas que había fuera en la calle. Había comprado un paquete de tabaco por el camino, hacía años que no fumaba pero en ese momento lo necesitaba, idiota de mí que volvía a caer en el vicio.

Pedí un cappuccino y me encendí un cigarrillo mientras esperaba que mi amiga apareciera pronto para así no tener mucho tiempo para pensar.

—Cariño, ¿cómo estás?

Paula apareció un rato después dándome un abrazo por detrás. Me dio un beso en la mejilla y se separó de mí

para sentarse a mi lado. La miré a los ojos y comencé a llorar de nuevo.

—Así que por fin lo hizo, ¿eh? — preguntó Lucía cuando pidió su café.

—¿Hizo el qué? — pregunté sin entender.

—Decirte la verdad.

Me quedé mirando a mi amiga sin saber qué responderle, o yo la estaba entendiendo mal o ella estaba confundida.

—Te dije que Nelson se marchó.

—Es de Nelson de quien te hablo, Marta, ya era hora de que lo vieras.

—No te entiendo...

—No, sé que no lo haces. He intentado hacértelo ver de mil maneras diferentes, a ese tipo lo único que le faltaba era tener un cartel de neón en su frente que pusiera "Te estoy engañando", dirigido a ti, claro — el camarero llegó y le dejó su café, yo aún no había tocado el mío —. Ciega, así estás — dijo negando con la cabeza.

—¿Tú sabías que me engañaba con otra?! — chillé.

Mierda, no quería levantar la voz, pero me había sorprendido. Carraspeé cuando vi que la gente de alrededor me miraba.

—Yo y todos. La única que no se daba cuenta, ya lo hicieran delante de tus narices, eras tú — siguió Paula —. Es ahora y no quieres verlo...

—Yo creo que no estamos hablando de lo mismo — nada tenía sentido para mí.

—¿Ves? Tú como siempre, en tu burbuja de felicidad, creyendo que tienes el matrimonio feliz mientras tu marido se tiraba a todo bicho viviente.

—Yo...

—No, Marta, piensa en todas las veces que intenté que lo vieras pero no hay más ciego que el que no quiere ver. De todas formas, aunque siento que esa burbuja te ha-

ya estallado en toda la cara, me alegro de que por fin haya sucedido.

No podía creer nada de lo que me contaba, ¿de verdad había estado tan ciega? Tenía que ser así, por qué iba a mentirme mi mejor amiga?

—¿Por qué no me lo dijiste? — le pregunté.

—¿Estás segura de que no lo hice? — preguntó mirándome fijamente y con las cejas enarcadas.

—Pues claro, lo recordaría si...

Me callé de repente, recordando la nota que me escribió un día bastante lejano Paula.

—Lo recuerdas, ¿verdad?

—Pero...

—No tienes la culpa de nada, Marta. Pero tampoco te quiero ver derramar una lágrima más por ese gilipollas, al menos no cuando yo esté delante.

Y sé que estás mal, pero mi pregunta es, ¿vas a permitir que se salga con la suya?

Capítulo 2

Me desperté sabiendo que era el primer domingo que iba a pasar sola. Estaba triste pero las palabras de mi amiga Paula me habían dado fuerza para afrontar esta nueva situación a la que me enfrentaba. Por un lado, sentía que había sido demasiado estúpida al dejarme engañar de esa forma tan burda y, por otro lado, pese a la tristeza, quizá romper con aquel imbécil era una forma de comenzar de nuevo. Me esperarían nuevas aventuras en mi vida.

Quizá Nelson me había hecho un gran favor y lo más apasionante me esperaba ahora a la vuelta de la esquina. Hacía un día precioso. El sol brillaba en el parque, sobre los árboles altos que rodeaban la plaza. Todo había adquirido, de repente, una apariencia mágica, de irrealidad. La tristeza que me había producido ser abandonada por Nelson también estimulaba mi forma de mirar ahora hacia las cosas.

El futuro estaba ahí. Lo podía tocar con la mano como esa luz que bañaba el parque. Voces de niños se escuchaban ya en las calles. La vida seguía a pesar de que para mí el mundo parecía haberse acabado. Pero pensé detenidamente en la conversación que había tenido con Paula y, con aquella luz, con tanta vida a mi alrededor, con una amiga como ella, el mundo no podía acabarse ahí.

“Menudo gilipollas”, dije, y me levanté de la cama. Me metí en la cabeza que solamente un gilipollas podía abandonar a una mujer como yo. Tenía que sacar mi orgullo, hacerme valer, quererme porque no estaba faltando a la verdad.

Me fui hacia la cocina para preparar mi café de Nespresso y cogí la tablet para revisar las redes sociales. Cuántas veces había tomado café con él y ahora allí estaba yo. Sola. Pero me daba igual. Lo tenía cada vez más claro.

“Que se joda”, murmuré. En ese momento, en las notificaciones me aparecía un mensaje de una persona que no estaba dentro de mis contactos.

“Hola, Paula, me has aparecido en sugerencias de amistad y me he dado cuenta por tu foto que eras la chica que atendía cuando iba al buffet de abogados. Me ha dado mucha alegría encontrarte y me he permitido el atrevimiento de saludarte.”

Abrí su perfil de Facebook y me di cuenta de que era Sam, un chico que siempre aparecía con una preciosa sonrisa. Recuerdo que estaba tramitando el divorcio a través de nuestro buffet y recordé también lo mal que lo había pasado ya que su mujer lo había dejado de la noche a la mañana, exactamente lo mismo que me estaba sucediendo a mí en estos momentos. Menos mal que yo nunca llegué a casarme y me he ahorrado el mal trago de un divorcio en los tribunales.

Solamente me hubiera faltado eso, enfrentarme con ese cabrón en un juicio. Por mi experiencia en el despacho, he visto auténticos dramas familiares donde mujeres y esposos, por no hablar de los hijos, sufrían lo indecible en divorcios llenos de dolor, de resentimiento y venganzas personales. Sam era una de las víctimas de esos casos en los que las separaciones se convierten en auténticos dramas, en un calvario, donde el dinero, los bienes personales, la casa o la custodia de los hijos se convierten en armas cargadas de odio que unos emplean contra otros. Los abogados se llenan los bolsillos con este tipo de divorcios.

Tenía delante de mí el chat que me había abierto y mientras me tomaba el café decidí contestarle. Al principio, no le di demasiada importancia. Contesté como tantas otras veces he contestado a otras solicitudes de amistad. Pero aquí mis palabras iban a tener un alcance inesperado, pero eso jamás se puede intuir.

“Hola, Sam, te recuerdo y me ha agradado mucho saber de ti, espero que estés bien y que todo se quede por